

UN VIAJE QUE NO TUVO DESTINO

Pedro Soler Valero

1ª Parte (Eros) La sublimación trágica del amor

Todos hemos estado enamorados. A casi todos, la pubertad se nos fue en la desmesura de determinados sentimientos. Nuestras noches eran largas, desasosegados y tenebrosos pensamientos, en los que el amor moría en pos de una impaciencia y grandeza sentimental insoportable. Era la cumbre del romanticismo, cuando cubríamos a la Luna de encendidos versos, cuando la noche era el refugio de nuestras más oscuras premoniciones. Cuando hablábamos a las piedras y a las flores, con la intención –casi convencimiento– de que llevarían nuestras inquietudes hasta el corazón de la amada.

Quien tenga el hábito de la lectura, habrá podido comprobar que, no hay sentimiento que haya ocupado tantas páginas; trágicas y gloriosas. Pero siempre como motor de la vida, del deseo y de los sentimientos. Cuando recordamos los poemas que dieron más gloria a la historia de la literatura, todos son sobre el amor, su impaciencia y sus desmanes. Digo desmanes, porque tampoco hubo otro sentimiento que provocase más, incluso que el odio o la envidia.

Puede que alguno se pregunte a estas alturas; ¿a que viene éste tío con estas blandenguerías ahora? ¿Qué leche se propone? La verdad es, que no lo sé. Puede que alguien dado a los análisis de la psiquis dijera, que al haber tenido un “boyuyo” como el que acabo de sufrir, a uno se le ablanden las membranas y los músculos cardiacos, e inconscientemente intente volver a los años de la pubertad, que aún siendo tan lejanos no se olvidaron nunca. Tampoco me preocupa; el que no le guste que se salte mis letras y, el que quiera, intente ver en ellas la herencia de unos sentimientos que nos son comunes. Al fin y al cabo, desde los griegos nadie ha discrepado de que al mundo lo mueve el amor y la muerte (Eros y Tanatos).

Por otro lado, los amigos del AFA me abren sus páginas para que escriba algo. Nunca me han impuesto un tema – cuestión ésta que, si lo hicieran, y lo considerase de mi curiosidad e interés, tampoco pondría inconveniente alguno– Dicho esto, centrémonos en lo que quiero decir, porque el hilo se me va con una facilidad pasmosa.

A pesar de que podamos creer que, el sentimiento amoroso tal como lo entendemos hoy ha existido siempre, parece ser que no es así. Octavio Paz, en un ensayo precioso sobre el amor (La llama doble), coincide con otros historiadores; el “amor cortés” –tal como lo entendemos hoy– lo recogieron los poetas provenzales de los trovadores árabes. Fue en el siglo XII cuando surgieron los primeros poemas y en el XIII, cuando se consideró al provenzal como el lenguaje eminentemente poético. La dama deseada –siempre de alta alcurnia–

sufría en silencio y en medió de ansiedades sin fin los versos de su poeta. Siempre un trovador de extracción humilde que nunca podía alcanzar los favores de su amada. A partir de entonces, el desenfreno amoroso copó las páginas de la literatura; trovadores y poetas alcanzaron el cenit de la fama y el prestigio, aunque, como hasta entonces, las mujeres siguieron siendo objetos de mercadeo; contratos y matrimonios apañados entre el poder y la Iglesia eran práctica común, sin que ellas pudieran rechistar. De una forma o de otra, ese mercadeo ha existido hasta hace escasos lustros. Pero al margen de todo, el amor ha sido y es un sentimiento tan poderoso y lírico, que no sólo la literatura; la quiromancia y la brujería han bebido de él y para él, las formulas más extravagantes y raras que puedan imaginarse. A hechiceras y nigromantes acudían aquellos y aquellas que por cualquier medio querían conseguir los favores de su amada.

Cuando era joven y andaba metido en las lides del amor, me advertían con frecuencia los peligros que podía correr, si aceptaba las bebidas o los encantos de determinadas mujeres. Escuché con asombro de algunos mayores, los milagros, portentos y éxtasis amorosos, que se experimentaban con determinadas mujeres que poseían bebedizos y formulas secretas para ello. He de confesar humildemente, que jamás me ofrecieron brebajes extraños, aunque ya me hubiese gustado. Lo mío siempre ha sido por lo natural y por derecho, a lo más que he llegado ha sido a una pastillita azul en forma de rombo y avalada por la ciencia. Como nunca he tenido referencias de otros y no he podido comparar, confieso que no estoy descontento de mis experiencias, ni de la forma tan natural en la que se desarrollaron. ¡Ojo! Aunque hable en pretérito, no pienso abandonar tan efervescente emoción y práctica.

No quisiera entrar en fórmulas ni bebedizos mágicos. La cantidad de ellos es desmesurada y muy especializada. Tantos los lugares, la intensidad y clase de efluvios amorosos, que no es oportuno referirlos. Quien quiera saber de ello, entre en esa pantallita, conéctese a red y, con sólo poner “bebedizos amorosos”, puede ocupar el resto de sus días en contabilizarlos o dar con el que mejor le pueda ir. Y si quiere profundizar más, recomiendo que se compren un libro extraño y raro; **Malleus maleficarum**. “El martillo de las brujas” Fue publicado en el año 1496 y en él, teológicamente y echando mano de los grandes Maestros de la Iglesia y los textos sagrados, asevera que los demonios actúan bajo la voluntad de Dios y aquellos, se encarnan en brujas, adivinos, quiromantes y las más extravagantes personalidades, para adueñarse de la voluntad de las personas. Son incontables las páginas y los ejemplos dedicados a tales bebedizos y a los encantamientos, para someter

al pecado la voluntad de los amantes. Particularmente, los únicos bebedizos de amor que me han cautivado, son los incontables y gloriosos poemas que se han escrito sobre ello, y de ellos, sí me gustaría ofrecer algunos ejemplos:

1º.- Parte de un bebedizo de don Francisco de Quevedo que dice así;

*...Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrán sentido;
polvo serán, más polvo enamorado.*

2º.- Charles Baudelaire, en "las flores del mal" dice:...

*Por esos grandes ojos negros, suspiros de tu alma,
demonio sin piedad, viérteme menos llama;
yo no soy Estigio para abrazarte nueve veces.
¡Ay!, y no puedo furia libertina,
para amansar tu furia y acosarte en mis brazos,
en tu lecho infernal, volverme Proserpina.*

3º.- Pedro Salinas, a quien todo el que padezca mal de amores o esté enamorado debería leer, nos ofrece uno de sus incontables y supremos bebedizos que dice así:

*Hoy estoy besando un beso;
estoy solo con mis labios.
Los pongo
no en tu boca, no, ya no
-¿a dónde se me ha escapado? -
Los pongo
en el beso que te di
ayer, en las bocas juntas
del beso que se besaron.
Y dura este beso más
que el silencio, que la luz.
Porque ya no es una carne
ni una boca lo que el beso,
que se escapa, que me huye.
No
Te estoy besando más lejos.*

4º.- Y del gran maestro de los bebedizos metafóricos Pablo Neruda, escojo casi al azar uno de sus más efectivos:

*Quando yo muera quiero tus manos en mis ojos;
quiero la luz y el trigo de tus manos amadas
pasar una vez más sobre mí su frescura;
sentir la suavidad que cambió mi destino.
Quiero que vivas mientras yo, dormido, te espero,
quiero que tus oídos sigan oyendo el viento,
que huelas el aroma del mar que amamos juntos
y que sigas pisando la arena que pisamos.
Quiero que lo que amo siga vivo*

*y a ti te amé y canté sobre todas las cosas,
por eso sigue tú floreciendo, florida,
para que alcances todo lo que mi amor te ordena,
para que pasee mi sombra por tu pelo,
para que así conozcan la razón de mi canto.*

Tantos y de tal magnitud cautivadora hay, que pasaríamos el resto de nuestros días rememorándolos.

Tantos amantes rindieron su voluntad a las palabras que los declamaban, que no cabrían sus nombres si se gravaran en las rocas de todas las cordilleras. El que esto escribe se sirvió tanto de ellos y tan buen resultado le dieron, que hora es ya de enviar mi reconocimiento, a todas aquellas que dejaron volar su anhelo en pos de la palabra que perseguía su entrega. Vaya pues mi gratitud y recuerdo, a quienes tan generosamente se portaron conmigo, sin más esfuerzo que la voluntad y el bebedizo de unos versos.

2ª Parte (Tanatos) rigor cuasi mortis

A todos nos ha desvelado la impaciencia y la curiosidad cuando hemos proyectado un viaje a lugares desconocidos. Lugares o ciudades lejanas de las que teníamos referencias por otros que estuvieron o dejaron escritas sus impresiones. Son aventuras (todo viaje lo es) que emprendemos para saber, alimentar nuestra curiosidad, conocer otras culturas y otras gentes que dejaron su impronta en la historia de las civilizaciones.

Aunque hoy día, sabemos con antelación qué vamos a encontrar en ese lugar que hemos escogido como destino; la información es tan abundante y poderosa que, aunque no queramos, tenemos referencias de todo y de todos.

Pero yo no pretendo relataros un viaje a Nueva York, ni a Londres, París o Roquetas de Mar. Jamás he castigado a mis amigos con el relato, los videos, o las fotos de mis viajes, aunque yo haya padecido tardes y noches de interminables penitencias. En cambio, si he disfrutado muchas veces con el pasodoble que cantaba doña Concha Piquer; aquella voz de seda que llegaba con naturalidad a cualquier registro y que en su canción, relataba una cena de noche buena en Nueva York con sus amigos, donde todos brindaron con vino español para evocar a la patria lejana. Entonces, las distancias daban la medida del tiempo con otra dimensión y parsimonia.

El viaje que quiero relataros tenía un destino desconocido; tan común, como ignorado y misterioso. Lo emprendí sin saber donde iba, aunque a medio camino, vi la frontera tan cercana y franca, que ni siquiera la voluntad me impedía traspasarla. Tampoco mis ánimos tenían la fortaleza necesaria para negarse a ello.

¡Ni de subir en globo te has privado! –Me dije cuando vi que me escurría por el caño de un embudo oscuro y misterioso- por tanto, te vas de éste mundo con un bagaje más que aceptable. ¡Un día u otro tenía que ser! Con estos pensamientos dominados por la lógica despedía mis días, a pesar de los esfuerzos que mis

dos acompañantes hacían para que no se cumplieran mis previsiones. Alguno dirá que miento cuando lea éstas líneas; que en mi fabulación literaria lo digo así porque queda más bonito. Prometo solemnemente por mi dignidad –lo único que tengo por sagrado– que fue tal como lo digo. En todo momento mis ideas estuvieron claras; supe el mal que me aquejaba y cual era mi destino. No hice repaso alguno de mi vida. –¿para qué?–

No tuve arrepentimiento por ninguno de mis actos, ni beneplácitos por otros. El olvido de mis miserias fue absoluto y, el recuerdo de mis virtudes tampoco apareció por lado alguno. No atisbé, ni tuve sueño alguno por leve que fuera, que me mostrase un lugar de nebuloso algodón donde la dicha fuera absoluta. Ni un solo círculo del Averno de Dante en la Divina Comedia me visitó. Por tanto, ni una cosa ni otra me dieron motivo para preocuparme. Si puedo decir que, la soledad de esos momentos es tan absoluta como hermosa; nada se demanda, ni nada se espera. Nada se debe ni nos deben. Es, como he dicho antes, la soledad. Sí pude recordar con absoluta lucidez en aquellos momentos, unos versos del poema “el desierto” de Jorge Luis Borges, que dicen:

*Si he de entrar en la soledad
ya estoy solo.*

Prosiguió mi viaje con los dos únicos ángeles de la guarda que he conocido en mi vida; ni sublimes alas plateadas, ni sutiles gestos andróginos, ni miradas de estética pureza tenían ninguno de los dos; uno el conductor de la ambulancia, dispuesto a reventar la máquina si era preciso para llegar en el más breve tiempo posible, y haciendo sonar con estridencia la sirena para que nadie se interpusiera en su camino. El otro, auxiliar sanitario, iba sentado a mi lado, tomaba mi pulso, limpiaba mi sudor. Ponía su mano sobre mi cuello y se levantaba con frecuencia para buscar no sé qué cosas. Observaba la carretera y al conductor con cara de preocupación. No las tenía todas consigo de que pudiese alcanzar mi destino sin haber dejado éste mundo. Cumplieron su cometido y entonces sí; me dejaron en manos de ángeles, arcángeles, serafines y querubines, vestidos con monos verdes y batas blancas.

¡Eso sí! Estos tenían sexo. La mayoría eran mujeres jóvenes y dinámicas. En un instante, una legión de ellas me rodearon; unas gritaban, otras repartían indicaciones, otras me zarandeaban, sentía pinchazos en mi cuerpo y nada me alteraba. Era plenamente consciente de lo que me sucedía. Escuchaba nítidamente la voz de una que chillaba desafortadamente; ¡Se va, se va! ¡Inyectarle que se está yendo! ¡Se va, se va! En aquel momento sentí que la nada era ya mi patria; en unos instantes traspasaría la cancela que ya estaba abierta y sería pasto del olvido. Tuve una fugaz y lírica memoria de unos de los momentos más hermosos de mi vida, uno de los muchos que viví con mi esposa Aída. Es posible que coincidieran las fechas cuatro años después (no he querido comprobarlo). Estábamos en Italia, en el Veneto,

en Bassano del Grapa, un pueblo maravilloso al norte de Venecia. Transcurría la tarde paseando por sus calles, cuando enfilamos su famoso puente techado sobre el río Brenta. En el otro extremo, bajo el puente y en un ribazo artificial, una orquesta ofrecía a la noche las notas de la novena sinfonía de Beethoven. Nos apoyamos en la baranda del puente, sobre la orquesta y parte del público que la rodeaba. En aquellos momentos, los músicos iniciaban el tercer movimiento de la sinfonía.

Según mi criterio, una de las páginas más excelsas y sublimes de la historia de la música. Aída –que sabía mi predisposición por esos acordes– se aferró a mi brazo con inusitada fuerza, me miró complacida y me dijo: “tú me has enseñado lo que significan estos momentos”

Compartimos aquella emoción con un silencio lleno de palabras que nunca salen cuando se quieren decir, aunque nosotros sabíamos cuales eran. Escuchamos el tercer movimiento y el cuarto y último, cuando los coros introducen el alma de Beethoven en el Paraíso. Dicen algunos biógrafos “del sordo”, que tardó cuarenta años en dar por concluida la novena sinfonía y, que en ella, Beethoven relata su vida. En el tercer movimiento “Adagio Cantabile”, el músico relata su muerte con una melodía dominante, suave, sin estridencias. Apenas acabada la introducción, la orquesta se divide en tres partes y, cada una de ellas introduce una melodía distintas a las otras, sin que ninguna se estorbe. Todo lo contrario, todas se complementan en un alarde magistral de armonía. Sin duda, Beethoven –que era creyente– escribió ese tercer movimiento, para cuando sintiese la muerte poder decirle a Dios: ¡Aquí tienes estas notas! Son para ti y para toda la humanidad. Quien ha escrito esto se merece el Paraíso.

Ese fue el fugaz pensamiento que me asistió cuando me vi en el umbral de la nada. Indudablemente, tuvo más fuerza la última sonrisa de Aída que las gloriosas notas musicales. En aquel momento le dije: *nuestras nadas van a reposar juntas antes de lo previsto*, y perdí el conocimiento.

Después ya no recuerdo nada, cuando regresé a la vida me vi con más tubos y cables que una terminal de la NASA y supe, que muchos me van a soportar más de lo que les hubiera gustado.

Lo demás tiene la misma vulgaridad, de cualquier enfermo consumiendo sus horas en una UCI y después recorriendo los pasillos, con la impaciencia de quien se siente extraño en aquel lugar, al que por otro lado le debo estar de nuevo aquí.

He meditado sobre lo sucedido largamente. He repasado momento a momento, cuales eran mis sensaciones y pensamientos en cada uno de ellos. Porque a pesar del dolor, los sudores y los mareos en los que se iba vaciando mi vida, siempre fui consciente de ello, y cual era la lógica de mi final. Jamás sentí miedo ni temor, di por bueno mi destino, y el recuerdo de Aída lo llenó de dulzura y sosiego.